

## La señora Mariángeles. Historia de una mujer germinada

por Javier Rodríguez del Barrio  
(jarroba@yahoo.es)

Dedicado a todas las **mujeres** de mi familia. De manera especial a mi tía **Aurelia**, la *última mohicana*.

*“Me estremeció la mujer  
que parió once hijos  
en el tiempo de la harina  
y un kilo de pan  
y los miró endurecerse  
mascando carijos.  
Me estremeció porque era  
mi abuela además.”*

(Silvio Rodríguez. *Mujeres*. 1978)

Igual que todos los veranos Barruelo de Santullán se había engalanado para recibir cariñosamente a propios y extraños. Era un pueblo auténticamente *maqueao* como decimos en mi tierra, o *herri apaindua* que diría mi tocayo Muguruza. De las ventanas y balcones colgaban cientos de geranios seductores, el aire transpiraba sosiego y *La Pedrosa* brillaba como una esmeralda. Ya había pasado julio, con las fiestas de *El Carmen* y todo su ajetreo, y las cosas volvían a estar más o menos en su sitio: las caras, los acentos y los aparcamientos... Con todo, en estos primeros días de agosto algunos lugareños de los más veteranos se preguntaban quién sería ese grupo de forasteros que había empezado a rondar por el pueblo acompañados por **Julimari**, *la de El Peque*, y su primo **Luis Ángel**. Era un grupo bastante heterogéneo de gente que mezclaba el acento asturiano con el vasco y el andaluz con el castellano, pero que sin embargo tenía un rasgo común vagamente familiar: unas orejas un poco más grandes de la cuenta.



*Mi abuela Mariángeles*

\* \* \*

Siempre que escucho la canción de Silvio Rodríguez de la que he sacado el fragmento con que inicio este relato no puedo evitar acordarme de mi abuela **Mariángeles**... Realmente, la mujer que en toda mi vida más me ha estremecido –si dejamos aparte a mi madre, **Germana**, y a mi compañera, **Inma**– ha sido ella. Y eso que no pude llegar a este mundo a tiempo de conocerla. Nos dejó apenas once meses antes de que yo naciera, pero las historias que tantas veces oí contar en la cocina de mi casa terminaron fraguando en mis recuerdos con la aureola de una leyenda celta.

Hija de **Julia Fernández** y **José Gutiérrez** –natural de Cervera del Pisuerga, él, y de Colmenares, en León, ella–, **Mariángeles Gutiérrez Fernández** nació en Cervera del Pisuerga el 1 de marzo de

1876. Un tiempo tan lejano que hacía nada que esta parte de la cordillera cantábrica había dejado de pertenecer a la Merindad de Campoó para ser adscrita administrativamente a la recién fundada provincia de Palencia. Una época en la que solo muy recientemente habían empezado a perforarse pozos mineros por la comarca, lo que permitía que los modos de subsistencia y relación social que tenían su origen en la montaña, en sus recursos y tradiciones milenarias, siguieran siendo predominantes en estas tierras de brañas, de osos, de lobos y de gente franca, honrada y un poco indómita.

La infancia de la abuela **Mariángeles** no debió ser fácil. Sufrió el dolor de perder a sus padres cuando ella y su única hermana –**Aurelia**– eran todavía unas niñas, siendo acogidas por un señor del que no han quedado muchas referencias en la familia, aunque siempre se habló de él con mucho cariño y agradecimiento. Al parecer era médico y, además de mantenerlas, pudo darles una buena educación.

Diversas circunstancias de una vida que, como ya hemos visto, resultaba muy dura, llevaron a la abuela **Mariángeles** –ya viuda de su primer marido, **Galo Casares**<sup>1</sup>, y madre de **Julia** y **Silvino Casares Gutiérrez**– a contraer matrimonio con un barruelano: mi abuelo **Esteban Rodríguez Casado**. Nacido el 26 de diciembre de 1870<sup>2</sup>, era hijo de **Vicenta Casado Díaz**, natural de Almanza, en León, y de **Matías Rodríguez García**, originario de Valdoré, también en León<sup>3</sup>. Igualmente viudo –de su anterior matrimonio con **Josefina Calvo**–, aportaba a la nueva familia un hijo: **Luis Rodríguez Calvo**. De esta rama común recién fundada y arraigada en Barruelo, que ya se había convertido en uno de los pueblos mineros más importantes de la cordillera, nació mi padre, **Esteban Rodríguez Gutiérrez**, un 11 de enero de 1911<sup>4</sup>, y también mis tías **Carmen**, **Vicenta**, **Ángeles** y **Aurelia Rodríguez Gutiérrez**.

La abuela **Mariángeles** no parió ella misma *once hijos, en tiempos de la harina y el kilo de pan*, como dice la canción de Silvio Rodríguez; y aunque se quedó cerca, no ha sido eso lo que a mí más me ha estremecido de ella. Ni siquiera ser consciente de las dificultades que tuvo que afrontar para sacar adelante una familia de tres ramas, en aquellos tiempos... Lo que a mí más me ha estremecido ha sido descubrir que durante muchos años fue la partera de Barruelo y que, por lo tanto, había ayudado a parir cientos de *hijos*. Todavía han de quedar en el pueblo *pibones* de 70 u 80 años –pongamos por caso a mi tío materno **Pedro del Barrio Martínez**– que lo primero que vieron de este mundo fueron los ojos claros y las orejas un poco grandes de la **Señora Mariángeles**<sup>5</sup>.

Ser partera entonces, incluso en un lugar como Barruelo que gracias al auge minero tenía la suerte de contar con médico y clínica, debía de ser algo muy parecido a ser sanadora; y ser sanadora, vivir en la cordillera cantábrica, tener los ojos claros, el pelo rubio y la piel del color de la leche, era entroncar de muchas maneras con aquellas tradiciones milenarias sobre las que se habían fundado, consolidado y expandido las comunidades de montañeses... Por eso, las secuelas que quedaron en mi imaginario

---

<sup>1</sup> Sobre lo dura que resultaba la vida por aquellos días, sirva de muestra la absurda circunstancia en que murió **Galo Casares**, primer marido de la abuela **Mariángeles**. Tallando una piedra de esmeril saltó una esquirla que, como si fuera un trozo de metralla, le atravesó el cráneo. Aún no había cumplido 30 años.

<sup>2</sup> El 26 de diciembre es San Esteban por lo que seguramente esa sería la causa de la elección del nombre. Sin saberlo, sus padres inauguraron una tradición de *estebanes* que se ha prolongado, hasta ahora, por cuatro generaciones de la familia... El último que he conocido ha sido **Estebanín Casares**, hijo de mi primo **Esteban Casares Medina**, y ha confirmado mi impresión de que todos son y han sido –con su carácter– bastante *buenagente*.

<sup>3</sup> Según recordaba mi padre, su abuelo **Matias Rodríguez García**, era hijo de **Casimiro Rodríguez** y **Francisca García**, naturales también de Valdoré, en León.

<sup>4</sup> *El Rubio*, apodo con el que se le conoció toda su vida en Barruelo, siempre presumía con una sonrisa irónica de haber tenido la infancia y la juventud de un *rajá*, mimado y consentido por sus hermanas y tutelado por sus dos hermanos mayores: **Luis** y **Silvino**.

<sup>5</sup> Me cuenta **Luis Ángel**, hijo de la prima **Josefina Gómez Casares**, que la abuela **Mariángeles** –en su caso, bisabuela– lo *recibió* al nacer cuando ya había cumplido los 60 años de edad, lo que nos permite suponer que estuvo ejerciendo de matrona hasta los años 40 del pasado siglo.

infantil-adolescente sobre la abuela **Mariángeles**, la ubican como continuadora legendaria de las sagas matriarcales celtas y sus sanadoras mágicas. Puede que algún sicólogo diagnostique que leí demasiados tebeos de *Asterix* cuando era joven, lo que es cierto; pero esa explicación tan poco trascendente no me estremece nada.

Todavía hoy resulta difícil conciliar el binomio de ser madre y mujer trabajadora al mismo tiempo. Podemos imaginar cómo tenía que serlo a principios del siglo pasado... Salir de casa a cualquier hora para atender las urgencias de una parturienta, ya fuera verano o invierno, ya fuera de día o de noche... Está claro que al tratarse de mi abuela soy profundamente subjetivo, pero nadie podrá negarme que tuvo que ser una mujer extraordinaria. Seguramente debe ser de ahí de donde le viene su *carácter* a la mayoría de las mujeres de la familia.

Con el paso de los años esta mujer extraordinaria ha hecho germinar un torrente de vida multiétnico y multicultural que, emulando a las aguas que tienen su origen en el mítico *Pico Tres Mares*, se ha extendido en sano mestizaje por las cinco dimensiones del espacio-tiempo: asturianos, al oeste; franceses, al norte; vascos, al este; andaluces, al sur, y castellanos, al centro. A continuación esbozo brevemente la historia de una diáspora familiar a la que, simbólicamente, hemos puesto fin este 1 de agosto de 2008 –justo el 54 aniversario de su fallecimiento–, al reunirnos en Barruelo un grupo de más de 60 de sus descendientes para pasar unos días inolvidables y llenos de emoción.

1. Las únicas descendientes directas de la abuela **Mariángeles** que quedaron en Barruelo fueron su hija **Julia Casares Gutiérrez** y las dos hijas que ésta había tenido de su matrimonio con **Juan Gómez Simal**: las primas **Julita** y **Josefina Gómez Casares**. La prima **Julimari**, hija de **Julita**, aún vive en el pueblo y el primo **Luis Ángel** y la prima **Terestina**, hijos de **Josefina**, pasan bastantes temporadas en él<sup>6</sup>.



*Con ocasión del fallecimiento de la abuela Mariángeles (Hernani, Guipuzkoa, 01-08-1854) pudo reunirse casi toda la familia. En la foto, arriba: Esteban, Agustín, Lines, Aurelia y Nardo; abajo: Silvino, Rosario, Julia y Juan. Solo estuvieron ausentes la tía Carmen y el tío Tana, que continuaban exiliados en Francia, y mi madre, que quedó en Granada al cuidado de 4 hijos.*

2. Por su parte, mi tío **Silvino Casares Gutiérrez** casó con una asturiana de bandera llamada **Rosario Medina**, a quien había conocido en Oviedo cuando marchó voluntario a hacer el servicio militar como ferroviario para librarse del *capitán Araña*<sup>7</sup>. Tuvieron cinco hijos: **Galo**, **Esteban**,

<sup>6</sup> No quiero dejar de mencionar a un buen hombre muy querido de mi padre. Se trata de **Antonio Rodríguez Abad**, marido de mi prima **Julita Gómez Casares**. Según nos cuenta su hija **Julimari**, a él no le gustaba mucho que lo llamaran *Peque*, apodo con que lo conocía todo el pueblo; sin embargo, dicho con todo el cariño y todo el respeto, *El Peque* siempre estará en el recuerdo de nuestra familia por haber apoyado a mi padre en los tiempos difíciles.

<sup>7</sup> Con ocasión de las guerras de África de comienzos del siglo XX y las frecuentes sarracinas que los bereberes hacían entre la juventud que no tenía medios para evitar el Servicio Militar Obligatorio, la sabiduría popular acuñó la fábula de “*El capitán Araña, que los embarcó a todos y él se quedó en España*”.

**Gelillo, Silvino y José Luis.** Tras la guerra se instalaron en las tierras del oso de Favila y allí nacieron sus hijos pequeños y sus nietas y nietos. Me ha estremecido encontrar en sus bisnietos los ojos *azul pureza* del tío **Silvino** y la frescura del Cantábrico que se respiraba junto a la tía **Rosario**<sup>8</sup>.

3. La tía **Carmen Rodríguez Gutiérrez** y su marido **Atanagildo Luengo**, como tantos barruelanos tras la guerra civil, sufrieron las penurias del exilio. Instalados en Francia, allí permanecieron hasta su fallecimiento y allí nacieron algunos de sus hijos y todos sus nietos y nietas. Los descendientes de mis primos y primas **Rosario, Constanca, Alfredo, Angelines, Vicenta y Esteban Luengo Rodríguez** hoy hablan mucho más francés que español, como es lógico dado que son franceses, y me consta que, sin renegar de los rasgos familiares simbolizados por la abuela **Mariángeles**, los honran y respetan mezclándose sin prejuicios con galos, flamencos, belgas y demás rubios.
4. **Vicenta Rodríguez Gutiérrez** fue la hermana llorada de la familia. Una variante ósea de tuberculosis la arrancó de este mundo en la flor de su juventud. Siempre se la echó mucho de menos y salía en todas las conversaciones entre los hermanos y hermanas, que estuvieron recordándola durante muchísimos años después de su muerte<sup>9</sup>. Nunca olvidaré el día que mi tío **Luis**, al que mencionaré después, me habló de ella con su único ojo anegado en lágrimas.
5. Que puedo decir de mi tía **Ángeles Rodríguez Gutiérrez** y de su marido, **Agustín Sáinz Sierra**... Durante algunos veranos, cuando vivían en Hernani (Guipuzkoa) y yo solo era un mico preguntón, *la tía Lines y el tío Agustín*<sup>10</sup> fueron para mí unos segundos padres que, entre muchas otras cosas, me regalaron dos nuevas hermanas: mis primas **Eugenia y Sarita**. Después llegaron **Josechu y Jesús** y el caudal celta que nos une se ha derramado sobre otro caudal milenar: los vascos. Me llena de orgullo y me honra haber emparentado con los *Pildain* y los *Jaurrieta* y me alegre de haber podido ver como, entre el pelo de alguno, asomaban las orejas de la familia.
6. Continuamos con la tía **Aurelia**, la benjamina; la única descendiente en primer grado de la abuela **Mariángeles** que nos queda y –ya puede decirse sin que nadie pueda sentir celos– la más guapa... **Aurelia Rodríguez Gutiérrez** casó con uno de los hombres más buenos que he conocido: **Leonardo González de Prado**<sup>11</sup>. Se asentaron en Palencia capital, donde nacieron el primo **Jesús**,

---

<sup>8</sup> La última vez que tuve el privilegio de estar con la tía **Rosario** fue en Granada, adonde acudía con frecuencia a pesar de la distancia, para visitar a mis padres, de los que había sido madrina de bodas... Me reconforta tanto recordar aquel momento que es uno de los mejores antidepresivos a los que puedo recurrir. Nunca olvidaré su sonrisa y sus ganas de vivir, con más de 90 años, entre las nubes de humo de su cigarrillo de sobremesa.

<sup>9</sup> A los pocos días de la muerte de nuestra llorada **Carmina**, oí a mi padre comentar que seguramente la tía **Vicenta** iba a llevarla de la mano por el largo camino que tenía delante... No sé si fue o no así, pero hoy pienso que, afortunadamente, a diferencia de la tía **Vicenta**, mi hermana **Carmina** nos dejó una hija y dos hijos a través de los que seguir queriéndola. Hoy me estremezco cuando descubro, en los hijos de sus hijos, sus gestos, su sonrisa y, como no, algunos rasgos entreverados de la abuela **Mariángeles**.

<sup>10</sup> Siempre que se celebra un Campeonato Mundial de Fútbol me acuerdo de la final de México 70, de la tía **Lines** y, sobre todo, del tío **Agustín**. En la madrugada de un 21 de junio bastante caluroso, coincidiendo con un viaje de ellos a Granada, el tío **Agustín** y yo, mientras el resto de la familia dormía, veíamos aquel Brasil-Italia delante de un viejo televisor en blanco y negro... Recuerdo la inmensa alegría con que mi tío celebraba cada gol de Brasil, dándole un buen trago al wisky y ofreciéndome otro a mí, mientras gritaba entusiasmado y en voz baja para no despertar a los que dormían: *¡¡¡Guadalajara!!!* Yo era casi un crío y entonces imaginé era un grito de juerga, pero algún tiempo después comprendí que con aquel brindis se estaba refiriendo a cuando los milicianos de Líster, en Guadalajara, le dieron *la del tigre* a los italianos en 1937. El partido terminó con el resultado de Brasil 4 (Pelé, Gerson, Jairzinho y Carlos Alberto), Italia 1 (Roberto Bonisegna). Ni que decir tiene que aquella noche dormimos como los ángeles... En la familia siempre se ha mencionado su extraordinario parecido con el actor Anthony Quinn; y no hay más que ver sus fotos para darse cuenta que es verdad. Sin embargo, aunque no se le parezca físicamente en nada, yo siempre lo recordaré como a Kirk Douglas en *Espartaco*.

<sup>11</sup> El tío **Nardo** simboliza para mí el respeto a la naturaleza y los esfuerzos por mantener los ecosistemas de la meseta castellano-leonesa. Con su aire de *Gary Cooper que estás en los cielos*, le encantaba pescar cangrejos, los genuinos cangrejos ibéricos que ya están prácticamente extinguidos por la introducción absurda del cangrejo americano y por la contaminación de los arroyos. Pescaba de la manera más respetuosa con el medio que he conocido. Cuando era el tiempo de hacerlo sin daño para la conservación de la especie, se escapaba al atardecer con su bicicleta hasta los arroyos secretos que solo él conocía y plantaba sus cestas. En alguna ocasión lo acompañé y fui testigo de como devolvía al arroyo todos los ejemplares inmaduros que pescaba y todas las hembras. A veces, en sueños, pienso que murió de tristeza al descubrir que la extinción masiva era inevitable por culpa de la estupidez de algunos.



que ha contribuído con la inestimable ayuda de **Berta** a extender la familia por la meseta castellana y, de tal palo tal astilla, mis dos primas más guapas: **Angelines** y **Magdalena**.

7. No puedo terminar la descripción de la saga familiar surgida de mi abuela **Mariángeles** sin mencionar al tío **Luis Rodríguez Calvo**<sup>12</sup> y a sus descendientes. Aunque no era hijo propio, pues había sido aportado por el abuelo **Esteban** de su anterior matrimonio, fue admitido y querido por ella y por toda la familia como un hermano más. Casado con **Delfina Prada**, tuvo cinco hijos: **Julia**, **David**, **Josefina**, **Jesús** y **Vicenta**. Trabajó de minero hasta su jubilación y siempre vivió en Barruelo, donde siguen pasando los veranos su hija **Josefina** y sus bisnietas, hijas de su nieto **José Luis**, que durante muchos años fue taxista en el pueblo.

8. Y llegamos a mi padre, **Esteban Rodríguez Gutiérrez**, quien tuvo que abandonar Barruelo tras la guerra civil y la deslealtad de algunos mal llamados *amigos* y buscarse la vida por tierras del sur gracias a la ayuda prestada por uno de sus *enemigos*<sup>13</sup>. Casado con mi madre, **Germana del Barrio Martínez** –también nacida en Barruelo y con origen en Salcedillo, entre las nubes<sup>14</sup>–, se instalaron en Pinos Puente, muy cerca de Granada, en 1940. Allí nacimos sus 6 hijos: **Roberto**, **Carmina**, **Esteban**, **Maricruz**, **Javier** y **Lourdes Rodríguez del Barrio**. Después de 30 años ejerciendo de maestro empírico –*auxiliar instructor* era la denominación oficial– y dejando una profunda huella sobre 2 generaciones de alumnos y alumnas<sup>15</sup>, fue nombrado *Hijo Adoptivo* del pueblo por



*Mi padre y yo en 1990, con ocasión de sus bodas de oro matrimoniales.*

acuerdo unánime del Pleno Municipal en 1990. Murió en 2003, a punto de cumplir los 92 años y rodeado del cariño de su mujer, sus hijos, nietos y bisnietos. Un montón de andaluces y andaluzas que llevamos en la sangre el símbolo del mestizaje después de milenios mezclándonos con fenicios,

<sup>12</sup> Cuando niño, tuve la suerte de pasar alguna temporada junto a él en su casa de los cuarteles del barrio San Pedro. Recuerdo con emoción los conciertos que todas las noches nos daban las ranas del cercano Rubagón, las mañanas en la bolera cercana a la sombra de un porrón de vino en el que de vez en cuando me dejaba mojar los labios y las maravillosas excursiones por La Pedrosa con mi primo **José Luis**, el hijo de **Josefina**. Recuerdo también con mucho cariño el regreso a Granada con la prima **Vicenta** para asistir a la boda de mi hermana **Carmina**.

<sup>13</sup> Conservamos la carta, guardada por mi padre como oro en paño, fechada en Granada un 15 de Julio de 1940, en la que **Narciso Viciano**, que había sido su comandante en el batallón de trabajadores donde había pasado preso casi toda la guerra, y que había podido comprobar su calidad humana y profesional, le anunciaba que había encontrado trabajo para él como maestro en un pueblo a 18 Km de Granada llamado Pinos Puente. "... *Dan 5 ptas diarias y casa-habitación. Si el número de alumnos pasa de 30 abonan por cada uno que haya más, 2 ptas mensuales y también el 5% de los alumnos que hay de pago, aunque de estos son pocos...*". A los pocos días, recién casados, mis padres tomaron el tren en Oviedo camino del futuro. El 1 de septiembre iniciaba el curso escolar 1940-1941. En la familia siempre hablaremos con gratitud y cariño de **Don Narciso**, el *enemigo* que supo hacerse *amigo* y ser factor determinante de nuestro viaje al sur.

<sup>14</sup> Fue la boda de la Luna con el Sol, la unión de dos extremos tan opuestos como los polos de un imán que no tuvieron otra salida que atraerse sin remedio y permanecer unidos durante 63 años. Ella, morena azabache, con la piel aceituna y unos ojos negros y profundos como un pozo de agua fresca a las seis de la mañana de un 16 de julio. Él, rubio panocha, con los ojos glaucos y una piel tan blanca que si ponía un brazo al trasluz podía hacerse un estudio completo de anatomía. Curiosamente, las dos hijas de mi hermana **Maricruz**, **Olga** y **Susana**, han reproducido un poco atenuados estos rasgos familiares extremos: **Susana** siempre fue el vivo retrato de la abuela **Mariángeles** y **Olga** cada día se parece más a mi madre **Germana**.

<sup>15</sup> Como solía ocurrir con los maestros de aquella época, algunas veces esa profunda huella fue literal, de lo que pueden dar testimonio fehaciente mis propias posaderas.

griegos, cartagineses, romanos, godos, árabes, bereberes y castellanos... En sus últimos días le emocionaba vernos reunidos<sup>16</sup>. Siempre decía: “*¡Y pensar que llegamos aquí con solo una maleta...!*”.

\* \* \*

Cuando hace un año mi hermana **Maricruz** y mi prima **Sara** tuvieron la idea genial de organizar este encuentro familiar en Barruelo, la tía **Lines** se ilusionó como una muchacha con el proyecto. Poco se podía imaginar nadie que el destino no iba a permitirle cumplir esa ilusión. Nos dejó la pasada primavera a punto de cumplir los 93... Esta circunstancia le dio un nuevo sentido al encuentro: esparcir sus cenizas en *La Pedrosa*, el bosque que la había visto nacer, enamorarse y exiliarse. Por nuestra parte, los primos de Granada decidimos que la mejor manera de acompañar a la familia en este acto era aportando parte de las cenizas de nuestros padres y hermana para que reposaran junto a ella en la misma tierra. *Su tierra*.

El atardecer del 2 de agosto de 2008 nos encontró a toda la familia depositando las cenizas alrededor de un grupo de robles mientras sonaba una canción de *Benito Lertxundi* titulada *Itsasoari Begira (Mirando al mar)*. Navegando sobre nuestras lágrimas, las cenizas de la tía **Lines**, de mis padres **Esteban** y **Germana** y de mi hermana **Carmina**, han viajado juntas hasta lo más profundo de nuestros recuerdos, donde siempre estarán vivos.

... *Querría exhalar el último aliento,  
el día está muriendo.  
Querría exhalar el último aliento,  
se oyen versos.  
Querría exhalar el último aliento,  
vengo cantando al pueblo.  
Exhalamos el último aliento  
de sol a sol.  
Querría exhalar el último aliento  
mirando al mar.*<sup>17</sup>

\* \* \*

#### NOTAS FINALES:

1. Los datos mencionados en este relato se basan en los frágiles recuerdos de personas mayores, por lo que pueden ser inexactos. Si alguien conoce datos más exactos le ruego que me los haga llegar. Gracias.

2. He querido hacer un homenaje a las mujeres de la familia tomando como símbolo a mi abuela **Mariángeles** y a la familia de mi padre, por lo que me considero en deuda con los hombres y con la familia de mi madre. Desde aquí me comprometo a saldar esa deuda tomando como símbolo a mi abuelo **Isaac del Barrio Fernández**, a quien la Mina Peñacorba le rompió el alma un aciago 27 de junio de 1933, con 45 años recién cumplidos, dejando viuda y seis hijos –la mayor mi madre, con 18–. Tampoco tuvo que ser manca la abuela **Juliana Martínez Viñé** saliendo adelante con esa papeleta que le dejó la vida.

---

<sup>16</sup> Aparte de los 6 hijos que ya he citado, de los que solo nos falta **Carmina**, relaciono a continuación sus descendientes a día de hoy. Los primeros en llegar fueron los 3 hijos de **Carmina**: **Carmina-hija**, **Antonio** y **Roberto**, que son padres, respectivamente, de **José Manuel** y **Carmen María**; de **José Antonio** y **Marina**, y de las gemelas **Alba** y **Paula**. Después vinieron los hijos de **Roberto**: **Roberto-hijo** y **Mariaurora**; los hijos de **Esteban**: **Lucas** y **Berta**, y las hijas de **Maricruz**: **Olga** y **Susana**, quien a su vez es madre de **Pablo** y **Elena**.

<sup>17</sup> Agradezco a **Imanol Pildain**, hijo de mi prima **Eugenia**, la traducción de esta canción, al parecer basada en un poema de Jon Maia.